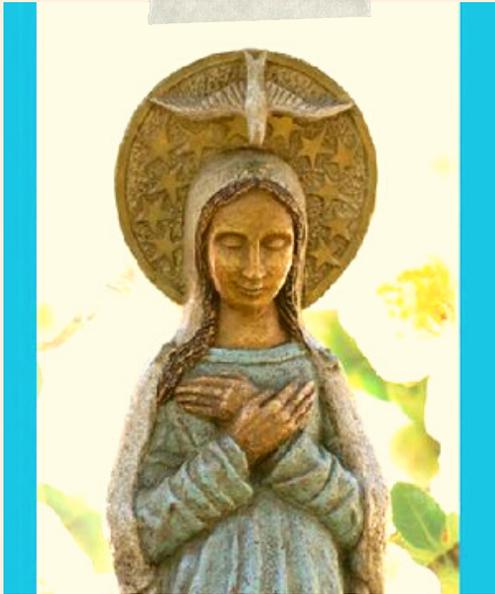


Mes de María 2022



Lectura orante de la Palabra

HE AQUÍ LA SIERVA DEL SEÑOR

Con María
nos ponemos
en camino.

Pueblo de Dios,
camino de esperanza.

PRIMERA SEMANA:
ESPERANZA

LA ANUNCIACIÓN

(Lc 1, 26-38)

En el sexto mes, Dios envió al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen comprometida para casarse con un hombre llamado José, de la descendencia de David. El nombre de la virgen era María. El ángel entró a donde ella estaba y le dijo:

—«¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!».

Ella se sorprendió al oír estas palabras y reflexionaba qué significaría aquel saludo.

El ángel le dijo:

—«¡No temas, María, porque Dios te ha mirado favorablemente! Concebirás y darás a luz un hijo, al que le pondrás el nombre de “Jesús”. Este será grande, será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará para siempre sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin».

María preguntó al ángel:

—«¿Cómo será esto, porque yo no tengo relaciones con ningún hombre?».

El ángel le respondió:

—«El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el consagrado que nazca de ti será llamado Hijo de Dios. Mira: tu pariente Isabel, tenida por estéril, concibió un hijo y ya está en el sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios».

María respondió:

—«Aquí está la servidora del Señor. Que se haga en mí lo que tú dices».

Entonces el ángel se alejó.

Algunos puntos para
desarrollar la reflexión al
contemplar este Evangelio:
(podemos invitar a compartir al menos
uno de ellos, de acuerdo al tiempo que
dispongamos para la oración)

María, la Llena de Gracia:

El relato de la Anunciación del Señor a la Virgen María, que el Evangelio según San Lucas nos transmite, nos presenta de modo admirable el Misterio de la Encarnación, centro de nuestra fe, centro de nuestra historia, de esta historia que para el creyente es Historia de Salvación. En este relato aparece en toda su hondura el contrapunto, que la tradición de la Iglesia desde antiguo rescató, entre las dos figuras femeninas decisivas en la Historia de la Salvación: Eva, la madre de los vivientes; María, la Madre de la Salvación. María, y solo ella, es preservada del pecado original, desde su misma concepción, por singular privilegio, en vista a ser la Madre de Cristo, lo que queda proclamado en el saludo del Ángel: Khaire, Kekharitomene, Salve, Llena de gracia.

Qué está detrás de este título: a saber, la total y absoluta apertura a la gratuita acción de Dios, que asegura la prístina libertad que había de tener María para responder a la vocación del Señor. Libertad análoga a la que tuvo Eva para precipitarse en la tentación y darle la espalda al querer del Creador: Allí en donde Eva dijo: No, y con ese No se abrió la puerta para el pecado y la muerte en nuestra historia, y la misma responsabilidad humana frente a sus propias decisiones quedó dañada (en efecto, en el relato del Génesis, ni Adán, ni Eva asumen responsablemente su parte en lo sucedido: Adán le enrostra la culpa a Eva, Eva, a la Serpiente); Ahí mismo y con la misma entera y prístina libertad que gozaban la primera pareja humana, María dice: Sí, que se haga en mí según tu Palabra, y con este asentimiento responsable y creyente, cargando, con lucidez, sobre sus propios hombros el peso de su libre decisión, solo confiada en el poder de Dios, se abre para siempre la puerta de la salvación y de la vida sin fin, designio original del Padre para la humanidad.

El diálogo entre el Ángel y María, que nos presenta el relato de la Anunciación es el encuentro entre dos libertades: la absoluta, la de Dios, la que se despliega desde el puro ejercicio de su amor sin

medida, y que, por lo mismo, se auto limita para salir al encuentro de esta otra libertad, la de su interlocutor, el hombre; porque no sería verdadero el diálogo, ni el encuentro, si la Voluntad de Dios arrasara y avasallara la posibilidad y la capacidad de respuesta. Aquí, Lucas manifiesta, por cierto, una buena noticia sorprendente y provocadora: en la inmensa mayoría de los relatos vocacionales, -porque en esa matriz queda inscrito este relato- las partes involucradas son Dios que sale en búsqueda de su elegido, y un varón, que reconociendo su fragilidad acoge la llamada de su Señor, en la Anunciación, la escogida es una mujer, una mujer pequeña, casi una niña, de una aldea insignificante, que ni siquiera ha dejado una huella precisa en la cartografía del Imperio Romano; una mujer que no es considerada en la tradición israelita como un interlocutor válido para ningún tipo de alianza (ni siquiera en la alianza matrimonial, en donde la novia normalmente era el objeto a negociar entre los padres o entre el padre y el novio, sin ella tener derecho a réplica alguna); una mujer, que tiene voz, valentía para cuestionar, inteligencia para discernir, libertad para elegir y decidir. María recibe así en el título dado por el ángel: Kekharitomene, la revelación de su verdadero nombre, y vocación; ella es la

que goza, desde su propia concepción, de la plenitud de la Gracia, ella es la totalmente favorecida y preservada por la Voluntad de Dios, para que, en el momento en que había de recibir la invitación a acoger su misión en la Historia de la Salvación: a saber, ser Madre de Dios hecho carne, su respuesta pudiese ser dada a partir de la misma plena libertad, semejanza de Dios, que Él quiso compartir con su creatura.

María, Templo del Señor:

Un desafío quedaba para Lucas en la tarea de relatar este momento singular de la Historia de la Salvación: el de purificar de elementos míticos el Misterio de la Encarnación, de modo de que no apareciera como uno más entre los frecuentes relatos de cohabitaciones de dioses con mortales, expedientes de genealogía divina a reyes y héroes sobrehumanos o semidioses, relatos que poblaban las diversas religiones de Mediterráneo.

El Relato de la Anunciación es cuidadoso al extremo en evitar esta confusión; no se encontrará en él ninguna alusión a esas floridas mitologías: la imagen escogida será la del Arca de la Alianza, la acción del Señor en María no será una fecundación milagrosa, Si del Dios Padre,

María será, como toda creatura, Hija; y de Dios, Verbo hecho carne, Madre; María no será Esposa del Espíritu Santo; Ella será el Templo, inhabitado por la plenitud de la Presencia de Dios, al formar y dar abrigo en sus entrañas al Salvador.

Si la Tienda del Encuentro albergaba y ocultaba el Arca de la Alianza, signo de la Presencia del Señor, ahora, en el tiempo de la Encarnación, cuando el Señor decide hacerse uno de nosotros para siempre, el Templo del Dios-con-nosotros, debía abrirse también en seno de la humanidad: ser parte de esa humanidad redimida, nueva. El Sí perfectamente libre, intensamente lúcido y valiente de María, hizo posible este Misterio para siempre.

Qué está detrás de este título: a saber, la total y absoluta apertura a la gratuita acción de Dios, que asegura la prístina libertad que había de tener María para responder a la vocación del Señor. Libertad análoga a la que tuvo Eva para precipitarse en la tentación y darle la espalda al querer del Creador: Allí en donde Eva dijo: No, y con ese No se abrió la puerta para el pecado y la muerte en nuestra historia, y la misma responsabilidad humana frente a sus propias decisiones quedó dañada (en efecto, en el relato del Génesis, ni Adán, ni Eva asumen responsablemente su parte en los sucedido: Adán le enrostra la culpa a

Eva, Eva, a la Serpiente); Ahí mismo y con la misma entera y prístina libertad que gozaban la primera pareja humana, María dice: Sí, que se haga en mí según tu Palabra, y con este asentimiento responsable y creyente, cargando, con lucidez, sobre sus propios hombros el peso de su libre decisión, solo confiada en el poder de Dios, se abre para siempre la puerta de la salvación y de la vida sin fin, designio original del Padre para la humanidad.

El diálogo entre el Ángel y María, que nos presenta el relato de la Anunciación es el encuentro entre dos libertades: la absoluta, la de Dios, la que se despliega desde el puro ejercicio de su amor sin medida, y que, por lo mismo, se auto limita para salir al encuentro de esta otra libertad, la de su interlocutor, el hombre; porque no sería verdadero el diálogo, ni el encuentro, si la Voluntad de Dios arrasara y avasallara la posibilidad y la capacidad de respuesta.

Aquí, Lucas manifiesta, por cierto, una buena noticia sorprendente y provocadora: en la inmensa mayoría de los relatos vocacionales, -porque en esa matriz queda inscrito este relato- las partes involucradas son Dios que sale en búsqueda de su elegido, y un varón, que reconociendo su fragilidad acoge la llamada de su Señor, en la Anunciación, la

escogida es una mujer, una mujer pequeña, casi una niña, de una aldea insignificante, que ni siquiera ha dejado una huella precisa en la cartografía del Imperio Romano; una mujer que no es considerada en la tradición israelita como un interlocutor válido para ningún tipo de alianza (ni siquiera en la alianza matrimonial, en donde la novia normalmente era el objeto a negociar entre los padres o entre el padre y el novio, sin ella tener derecho a réplica alguna); una mujer, que tiene voz, valentía para cuestionar, inteligencia para discernir, libertad para elegir y decidir.

María recibe así en el título dado por el ángel: Kekharitomene, la revelación de su verdadero nombre, y vocación; ella es la que goza, desde su propia concepción, de la plenitud de la Gracia, ella es la totalmente favorecida y preservada por la Voluntad de Dios, para que, en el momento en que había de recibir la invitación a acoger su misión en la Historia de la Salvación: a saber, ser Madre de Dios hecho carne, su respuesta pudiese ser dada a partir de la misma plena libertad, semejanza de Dios, que Él quiso compartir con su creatura.

María, Templo del Señor:

Un desafío quedaba para Lucas en la tarea de relatar este momento singular de la Historia de la Salvación: el de purificar de elementos míticos el Misterio de la Encarnación, de modo de que no apareciera como uno más entre los frecuentes relatos de cohabitaciones de dioses con mortales, expedientes de genealogía divina a reyes y héroes sobrehumanos o semidioses, relatos que poblaban las diversas religiones de Mediterráneo.

El Relato de la Anunciación es cuidadoso al extremo en evitar esta confusión; no se encontrará en él ninguna alusión a esas floridas mitologías: la imagen escogida será la del Arca de la Alianza, la acción del Señor en María no será una fecundación milagrosa, Si del Dios Padre, María será, como toda creatura, Hija; y de Dios, Verbo hecho carne, Madre; María no será Esposa del Espíritu Santo; Ella será el Templo, inhabitado por la plenitud de la Presencia de Dios, al formar y dar abrigo en sus entrañas al Salvador.

Si la Tienda del Encuentro albergaba y ocultaba el Arca de la Alianza, signo de la Presencia del Señor, ahora, en el tiempo de la Encarnación, cuando el Señor decide hacerse uno de nosotros para siempre, el Templo del Dios-con-nosotros, debía abrirse también en seno de la humanidad: ser parte de esa humanidad redimida, nueva. El Sí perfectamente libre, intensamente lúcido y valiente de María, hizo posible este Misterio para siempre.

¿A qué actitudes concretas nos llama este Evangelio hoy?

¿De qué manera podemos acoger y anunciar la Buena Noticia de la Encarnación y de la Natividad del Señor en medio de los desafíos de este tiempo?

Saludemos a la Santísima Virgen María con las palabras de saludo del Ángel y de santa Isabel...

**Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo,
bendita tú eres entre todas
las mujeres
y bendito es el fruto de tu
vientre,
Jesús.**

**Santa María, Madre de
Dios,
Ruega por nosotros,
pecadores,
Ahora y en la hora
De nuestra muerte,**

Amén.